

Introducción a la semana

Podíamos entender que la fiesta del miércoles, día 24, es el eje de la semana. Fiesta que llegó a tener mayor entidad litúrgica, y que conserva un carácter festivo en el pueblo cristiano. Día que recuerda el solsticio de verano o invierno según los hemisferios, por tanto día peculiar en cualquier calendario. La figura de Juan Bautista ocupa un lugar singular en la vida de Jesús. Lo ocupaba en las primeras comunidades cristianas. El resto de los días se celebran como “feria”, por lo que seguiremos con la lectura continua. En la primera lectura nos encontramos con un salto imprevisto, de la Segunda Carta a los Corintios retrocedemos al libro del Génesis, a la historia de Abram/Abraham. Historia sin duda original y de máximo interés. La historia que fundamenta al pueblo judío, no tanto por ser el patriarca del pueblo, sino por ser el modelo de confianza en Yahvé, real fundamento sobre el que el pueblo ha de crecer y consolidarse. Continúa el Sermón de la Montaña en la lectura evangélica hasta su final. En el texto del sábado Jesús pasa de las palabras a la acción, cura a un leproso.

Lun

22

Jun

2009

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“La medida que uséis la usarán con vosotros”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 12,1-9

En aquellos días, el Señor dijo a Abrán: «Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre, y será una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo.»

Abrán marchó, como le había dicho el Señor, y con él marchó Lot. Abrán tenía setenta y cinco años cuando salió de Harán. Abrán llevó consigo a Saray, su mujer, a Lot, su sobrino, todo lo que había adquirido y todos los esclavos que había ganado en Harán. Salieron en dirección de Canaán y llegaron a la tierra de Canaán. Abrán atravesó el país hasta la región de Siquén, hasta la encina de Moré. En aquel tiempo habitaban allí los cananeos.

El Señor se apareció a Abrán y le dijo: «A tu descendencia le daré esta tierra.»

Él construyó allí un altar en honor del Señor, que se le había aparecido. Desde allí continuó hacia las montañas al este de Betel, y plantó allí su tienda, con Betel a poniente y Ay a levante; construyó allí un altar al Señor e invocó el nombre del Señor. Abrán se trasladó por etapas al Negueb.

Salmo

Sal 32,12-13.18-19.20.22 R/. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que él se escogió como heredad.

El Señor mira desde el cielo,
se fija en todos los hombres. R/.

Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. R/.

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo.
Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7,1-5

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No juzguéis y no os juzgarán; porque os van a juzgar como juzguéis vosotros, y la medida que uséis, la usarán con vosotros. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Déjame que te saque la mota del ojo”, teniendo una viga en el tuyo? Hipócrita; sácate primero la viga del ojo; entonces verás claro y podrás sacar la mota del ojo de tu hermano.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Ciertamente la historia de Abraham es sorprendente. Dios le pide una ruptura, que es geográfica y afectiva. Deja las tierras fértiles de Ur y se adentra en tierras duras de Canán. Deja a los suyos, su patria, la casa de su padre y se lanza a peregrinar, fiado solo de la palabra de Dios, sin apoyo en evidencia alguna. La historia de Abraham es historia de promesas de Dios y de confianza del patriarca en él. Será siempre el gran ejemplo de la fe en las promesas divinas para judíos y cristianos. Promesa de vida feliz, de éxito de su raza, a la que va unida la de la ayuda divina. La cuestión que plantea es: ¿De qué fiarse más, de las evidencias de la tierra fértil, de la comodidad de la vida en su tierra con los suyos o de una palabra de Dios que ofrece futuro grandioso con presente de duro peregrinar? Así se planteó la historia de la salvación. Y así la hemos de vivir.

Así se plantea nuestra salvación. Lo inmediato no es lo verdadero necesariamente. Tampoco lo evidente. Por eso son tan aplicables las recomendaciones éticas del texto evangélico. Por ejemplo, los juicios sobre el hermano, basados tantas veces en la primera impresión, en lo aparente, que confundimos con lo auténtico. Cuesta salir de tanta autojustificación que hacemos de nuestros defectos, para, si no justificar, al menos comprender el defecto del hermano. No es fácil llevar a la vida el lema evangélico: comprender antes que condenar. El Sermón de la Montaña es claro y nítido. La historia de Abraham firma un proyecto de confianza en Dios, un horizonte; estas prescripciones del Sermón de la Montaña marcan el caminar día a día hacia ese horizonte. Sin horizonte vivimos ciegos, esclavos del acontecer diario. Con horizonte, pero sin fijarse en el camino y en los pasos que cada día hemos de dar, la nuestra vida estaría vacía.



Fray Juan José de León Lastra
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Mar

23

Jun

2009

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida!”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 13, 2.5-18:

Abrán era muy rico en ganado, plata y oro. También Lot, que acompañaba a Abrán, poseía ovejas, vacas y tiendas; de modo que ya no podían vivir juntos en el país, porque sus posesiones eran inmensas y ya no cabían juntos. Por ello surgieron disputas entre los pastores de Abrán y los de Lot. En aquel tiempo cananeos y fereceos ocupaban el país.

Abrán dijo a Lot: «No haya disputas entre nosotros dos, ni entre nuestros pastores, pues somos hermanos. Tienes delante todo el país, sepárate de mí; si vas a la izquierda, yo iré a la derecha; si vas a la derecha, yo iré a la izquierda.»

Lot echó una mirada y vio que toda la vega del Jordán, hasta la entrada de Zear, era de regadío (esto era antes de que el Señor destruyera a Sodoma y Gomorra); parecía un jardín del Señor, o como Egipto. Lot se escogió la vega del Jordán y marchó hacia levante; y así se separaron los dos hermanos. Abrán habitó en Canaán; Lot en las ciudades de la vega, plantando las tiendas hasta Sodoma. Los habitantes de Sodoma eran malvados y pecaban gravemente contra el Señor.

El Señor habló a Abrán, después que Lot se había separado de él: «Desde tu puesto, dirige la mirada hacia el norte, mediodía, levante y poniente. Toda la tierra que abarques te la daré a ti y a tus descendientes para siempre. Haré a tus descendientes como el polvo; el que pueda contar el polvo podrá contar a tus descendientes. Anda, pasea el país a lo largo y a lo ancho, pues te lo voy a dar.»

Abrán alzó la tienda y fue a establecerse junto a la encina de Mambré, en Hebrón, donde construyó un altar en honor del Señor.

Salmo

Sal 14,2-3a.3bc-4ab.5 R/. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?

El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua. R/.

El que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor. R/.

El que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.

El que así obra nunca fallará. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7,6.12-14

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No deis lo santo a los perros, ni les echéis vuestras perlas a los cerdos; las pisotearán y luego se volverán para destrozaros. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la Ley y los profetas. Entrad por la puerta estrecha. Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos dan con ellos.»

Reflexión del Evangelio de hoy

No haya disputas entre nosotros dos, pues somos hermanos

Es bueno recordar cuántas gracias tenemos que dar al Señor por la Palabra que nos regala cada día y por poder contemplarla y compartirla. Es importante saber leer con los ojos de la fe todos los acontecimientos que nos ocurren a la luz de la Palabra, que es tan rica y actual y nos alimenta cada día.

Abrán se llevó a su pariente Lot en su peregrinación porque se querían y juntos hacían mejor frente a las dificultades e imprevistos que pudieran presentarse.

Pero llega un momento en que tienen que separarse. Las disputas entre los pastores de ambos fueron la señal de este paso que tenían que dar. Los enfrentamientos entre hermanos son una constante en la historia de la humanidad: por dinero, por herencias, por envidia... Como Abrán pongamos también nosotros toda la carne en el asador por permanecer en paz con nuestro hermano o por restablecer nuestro cariño hacia él. Entonces podremos presentar nuestra ofrenda ante el altar, ganaremos paz interior y la recompensa del Señor será incalculable.

Abrán deja a Lot escoger su lugar de residencia: iniciativa de un hombre sabio y humilde. Aparentemente la elección de Lot fue la mejor, sin embargo Dios habló a Abrán después de la separación recordando su alianza. Dios suele elegir el desierto para hablar. En contraposición el jardín, hacia donde se dirigía Lot, zona de regadío y de buenas cosechas, era un lugar donde abundaba el mal y sus habitantes pecaban gravemente contra el Señor. Es fácil olvidarse de Dios cuando todo te va bien. Nosotros, hijos de Abrahán, procedemos de una tierra de secano, pero agradable a Dios. Para habitar en la tienda de Dios: ni la difamación, ni la calumnia, ni el soborno, ni la usura tienen lugar allí; solo la intención leal, la honradez, la justicia, hacer el bien y honrar a los que temen al Señor, ensancha las paredes de la tienda del Señor hasta hacer a sus hijos incontables como el polvo de la tierra.

Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran.

En el evangelio de hoy, se nos proponen tres sentencias de Jesús. Estamos en la quintaesencia del cristianismo, en el sermón de la montaña. La claridad y firmeza con que Jesús nos habla es impactante. Sus palabras nos ponen en guardia para vivir en la verdad, cumpliendo la voluntad del Padre.

En la primera sentencia Jesús nos dice que no podemos presentar lo santo de la predicación a quienes no están preparados para recibirlo. El Espíritu Santo nos enseñará a ser cautos y a decir en cada momento lo que pueden escuchar y lo que se debe dejar para otra ocasión. Precipitarse en descubrir rápidamente todas las perlas del evangelio, puede ser contraproducente hasta para nosotros mismos. El conocimiento de Dios es progresivo.

La ley y los profetas eran, en la época de Jesús, la máxima expresión de la voluntad de Dios. "No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti" Pero Jesús va más allá al poner el mandato en positivo: "Haz al otro lo que quieras que te hagan a ti". Nuestro refranero popular recoge también esta sentencia: "manos que no dais, ¿qué esperáis?", sin embargo en el evangelio esta máxima no se reduce a un "doy para que me des" sino a un doy porque dando estoy amando a Dios y al prójimo y eso es lo que me hace feliz.

Por último nos habla de un juego de imágenes contrapuestas: puerta ancha- puerta estrecha, camino de salvación- camino de perdición, que no busca el temor en el destino final sino captar la atención del lector y motivarlo a la conquista del Reino.

La publicidad que recibimos de nuestra sociedad: riqueza, prestigio, protagonismo, comodidad, hedonismo... es la puerta ancha que cada día es mayor y más abrumadora, pero el destino de esta puerta prefieren no contárnoslo, pues es una puerta falsa, que lleva a las insatisfacciones, a los suicidios, a los abortos... a la muerte.

Pero hay otra puerta, quizás menos atractiva y son menos los que la encuentran, porque es estrecha: angosto es el camino que lleva a la vida, a la verdad, a Jesucristo. Acoger la salvación que se nos ofrece es la puerta estrecha que hemos de buscar. Lo bueno, lo justo, lo que perdura, es algo escaso y difícil de conseguir, solo desde Jesucristo podemos entrar por esa puerta estrecha y recorrer el camino de vida, de salvación, de gratuidad y de acogida del amor de Dios.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicás
Palencia

Mié
24
Jun
2009

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: Natividad de San Juan Bautista (24 de Junio)

“¡No! Se va a llamar JUAN.”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 49, 1-6

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos:

Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó; en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre. Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano; me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba y me dijo: «Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso.» Mientras yo pensaba: «En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas», en realidad mi derecho lo llevaba el Señor, mi salario lo tenía mi Dios. Y ahora habla el Señor, que desde el vientre me formó siervo suyo, para que le trajese a Jacob, para que le reuniese a Israel -tanto me honró el Señor, y mi Dios fue mi fuerza-: «Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Jacob y conviertas a los supervivientes de Israel; te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra.»

Salmo

Sal 138, 1-3. 13-14. 15 R. Te doy gracias, porque me has escogido portentosamente.

Señor, tú me sondeas
y me conoces; me conoces
cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares. R.
Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias, porque me has escogido portentosamente,
porque son admirables tus obras;
conocías hasta el fondo de mi alma. R.
No desconocías mis huesos,
cuando, en lo oculto, me iba formando,
y entretejiendo en lo profundo de la tierra. R.

Segunda lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 13, 22-26

En aquellos días, dijo Pablo:

-«Dios nombró rey a David, de quien hizo esta alabanza: "Encontré a David, hijo de Jesé, hombre conforme a mi corazón, que cumplirá todos mis preceptos." Según lo prometido, Dios sacó de su descendencia un salvador para Israel: Jesús. Antes de que llegara, Juan predicó a todo Israel un bautismo de conversión; y, cuando estaba para acabar su vida, decía: "Yo no soy quien pensáis; viene uno detrás de mí a quien no merezco desatarle las sandalias." Hermanos, descendientes de Abrahán y todos los que teméis a Dios: A vosotros se os ha enviado este mensaje de salvación.»

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 57-66. 80

A Isabel se le cumplió el tiempo del parto y dio a luz un hijo. Se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor le había hecho una gran misericordia, y la felicitaban.

A los ocho días fueron a circuncidar al niño, y lo llamaban Zacarías, como a su padre. La madre intervino diciendo:

-«¡ No! Se va a llamar Juan. »

Le replicaron:

-«Ninguno de tus parientes se llama así.»

Entonces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su nombre.» Todos se quedaron extrañados.

Inmediatamente se le soltó la boca y la lengua, y empezó a hablar bendiciendo a Dios.

Los vecinos quedaron sobrecogidos, y corrió la noticia por toda la montaña de Judea. Y todos los que lo oían reflexionaban diciendo:

-«¿Qué va a ser este niño?»

Porque la mano del Señor estaba con él.

El niño iba creciendo, y su carácter se afianzaba; vivió en el desierto hasta que se presentó a Israel.

Reflexión del Evangelio de hoy

Celebramos hoy el nacimiento de Juan Bautista. La Iglesia sólo celebra tres nacimientos: el de Jesús, el de María y el de Juan. Curiosamente los tres personajes que se dan cita, junto con el Espíritu Santo, en la Visitación de María a Isabel. Nada más oír a María, “exultó el niño en su seno” e Isabel, su madre “se llenó del Espíritu Santo”.

Dando un gran salto, encontramos a Juan, ya adulto, predicando en el río Jordán y bautizando. Entre los que iban a bautizarse, un día fue su pariente Jesús, y Juan lo bautizó reconociendo que era él aquel a quien tenía que anunciar.

Un año más tarde, Juan aparece en la cárcel donde, con la complicidad de Herodías y Salomé, Herodes lo manda decapitar.

Juan y la coherencia

Juan simboliza la palabra profética sencilla, clara y directa; sin adornos y sin más matizaciones que las exigidas por la verdad. Tuvo un éxito arrollador y, como no podía ser menos, también tuvo enemigos. Juan atraía por su coherencia de vida, pero era incómodo para los que se sentían denunciados por su palabra profética.

Fue admirado y seguido por muchos. Pero reconoce que es necesario que él mengüe para que crezca Jesús. Llegado el momento, él mismo invita a sus discípulos a dejarle para que vayan con aquel a quien había venido a anunciar. Esa fue su misión. Señalar el camino para que todos puedan ir más fácilmente al único Salvador.

Juan y la fidelidad

Una de las notas que más llama la atención en San Juan es su fidelidad a la vocación, a la llamada que el oyó en el vientre de su madre, a la misión a la que siempre se sintió llamado, al carisma recibido del Espíritu Santo desde que comenzó a ser en el vientre de Isabel. Su camino no fue fácil, pero en absoluto lo cuestionó, sencillamente, una vez comprendido, respondió con lealtad y confianza.

Juan intuyó que su quehacer en la vida era preparar los caminos del que venía detrás de él. Y para ello vivió y por ello murió. Y no vivió de cualquier forma, sino respondiendo a lo que, espiritualmente hablando, se esperaba de él. Llamó a las cosas por su nombre, sin importarle las consecuencias. Lo que estaba mal hecho tenía que ser señalado y lo que debía hacerse, indicado y recalcado.

Juan cumplió fielmente su misión de señalar con el dedo a Cristo, de decir a los hombres dónde, cómo y cuándo podrían encontrarse con él. Que él nos señale el modo y la forma de vivir con tal coherencia y fidelidad que cuantos nos oigan o nos vean puedan intuir cómo, dónde y cuándo pueden encontrarse hoy con Jesús, el Señor



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino

Natividad de San Juan Bautista

Natividad de San Juan Bautista

La fiesta del nacimiento de Juan el Bautista coincide, más o menos, con el solsticio de verano. Muchas tradiciones y muchos ritos anteriores al cristianismo parecen darse cita para celebrar en este día el gozo de la luz y la fuerza y exhuberancia de la vida. La fe cristiana ha sustituido esas celebraciones paganas con el recuerdo de aquel que anunciaba la Luz verdadera y ofrecería su vida en absoluta fidelidad al que es la Fuente de la Vida.

Anunciación a Zacarías

Juan nace de un matrimonio anciano, que sin duda había anhelado siempre el don imposible de un hijo. Ésa es su familia. La esposa, descendiente de Aarón, se llama Isabel y se dedica a sus labores del hogar. Isabel es estéril, como tantas mujeres que habían dado vida a los grandes héroes de Israel. Su esterilidad subraya, como antaño, la presencia poderosa de Dios que cambia el rumbo de la historia cuando quiere. Así que Isabel vive la alegría de una maternidad inesperada. Y el nacimiento de un niño que es causa de sorpresa para todos. [...]

El nacimiento del niño está rodeado por un halo de misterio. Su padre está un día en el templo, ejerciendo el servicio sacerdotal, tal como le correspondía por turno a su grupo. Entra en el santuario a ofrecer el incienso y se encuentra con el ángel del Señor. Entra a cumplir el rito y se encuentra con el mismísimo Dios de las promesas. El temor y el gozo se suceden en el breve diálogo inicial. El ángel del Señor anuncia el nacimiento de un hijo, al que el sacerdote habrá de poner el nombre de Juan.

El sorprendido sacerdote no puede creer lo que oye. Su edad y la de su esposa son un inconveniente aparentemente insuperable. El ángel le anuncia una mudez que es al mismo tiempo un signo de la veracidad de sus palabras, un castigo transitorio por la incredulidad de Zacarías y, sobre todo, una señal de que la promesa se habrá de cumplir a su tiempo (Lc. 1, 19-20). Y la promesa se cumple, en efecto. Pocos días después, los esposos se dan cuenta de que Isabel espera un hijo. Es más, esa nueva vida es también la señal para su pariente María, que en la distancia, recibe seis meses después el mensaje de su propia sorprendente maternidad.

María se pone en camino para visitar a su pariente Isabel. Recorre las montañas de Judea haciendo suyos los caminos por los que en otro tiempo había pasado el arca de la alianza del Señor. Al encuentro de aquellas dos madres, el hijo de Isabel salta de gozo en el seno de Isabel (Le 1, 44). Sin duda, el evangelista ha querido preanunciar la que ha de ser su misión. Él habrá de reconocer la presencia del Mesías que llega a su pueblo, trayendo la salvación, la paz y la alegría para todos.

El nacimiento del Profeta

Se cumplieron los tiempos y nació el niño anunciado por el ángel. El Evangelio subraya explícitamente que su nacimiento llena de alegría a sus padres y del temor de Dios a sus vecinos. Son las dos reacciones típicas ante la presencia del misterio en la vida de los hombres: el temblor y la fascinación.

Con motivo de la ceremonia de la circuncisión solía imponerse el nombre al recién nacido. En esta ocasión, surge una breve disputa sobre el nombre que se ha de imponer al niño. Las gentes pretenden que se llame Zacarías, como su padre. Pero éste parece haber tenido tiempo y silencio suficientes para meditar sobre los proyectos de Dios. Zacarías escribe en una tablilla: Juan es su nombre. Y en ese momento se desata su lengua dormida. [...]

La lengua de Zacarías no se desata para explicar su mudez, ni para manifestar su alegría y la fortuna alcanzada por su casa, sino para proclamar las maravillas de Dios. Para ello proclama una «berakhá», una de aquellas bendiciones a Dios que caracterizaban la oración de Israel. Y lleno del Espíritu Santo profetiza: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Nos ha suscitado una fuerza salvadora en la familia de David su siervo. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor para preparar sus caminos, para anunciar a su pueblo la salvación, por medio del perdón de los pecados» (Lc 1, 68-69.76-77).

Juan irá delante del Señor. La contraposición evoca una cuestión importante que nos remite a unos años posteriores. El evangelista conoce sin duda la existencia de un grupo de discípulos de Juan, que encontramos varias veces en los escritos del Nuevo Testamento (Hch 18, 24-19, 7). En algún momento ha debido subsistir entre las primeras comunidades cristianas la duda sobre la legitimidad de las pretensiones mesiánicas de un maestro o el otro, de un profeta o el otro. El evangelista Lucas, ya desde este momento inicial, quiere dejar bien claras las diferencias. Juan no es el Mesías: es su precursor y mensajero. Nada más y nada menos. Así lo proclama su padre el día de la circuncisión.

De su infancia no se nos ofrece más que una pincelada más bien estereotipada, que, a la vez, resume los años de su crecimiento y nos asoma a la misión que habría de asumir: «El niño iba creciendo y se fortalecía en su interior. Y vivió en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel» (Lc 1, 80).

La Predicación en el desierto

El desierto no sería sólo su escenario. Era el ambiente de su vida y el signo mismo de su misión. Allí había aparecido de pronto nadie sabía cómo ni de dónde. Se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Eso decían las gentes. Y ese detalle ha sido transmitido por los textos evangélicos. Era una forma de aludir al género de vida que había elegido.[...]

Juan era un hombre piadoso, coherente y sincero. Y muchos acudieron a él. Tanto los Evangelios como Flavio Josefo subrayan que era visto con respeto por los judíos. Muchos estaban insatisfechos de la situación social, política y religiosa de su pueblo y aguardaban la manifestación de Dios y de su Mesías. Esperaban una liberación de la que sólo Dios podía tener la iniciativa.

La liberación no consistía ahora en escapar del lugar de la esclavitud. Significaba, más bien, abandonar un estilo de vida. Era una «conversión», Un cambio de actitudes: dar los frutos que pedía la conversión, la «teshuvá», o retorno a Dios, que habían predicado siempre los profetas. Y eso es lo que pedía Juan.

La conversión venía motivada por la escucha de la palabra del profeta, se celebraba con el rito que la significaba y se manifestaba en el cambio de vida que la ratificaba. El rito, es decir, el bautismo en el Jordán, significaba que Dios estaba dispuesto a elegir un pueblo nuevo precisamente allí donde el pueblo de Israel había entrado en la tierra prometida. Y el cambio de vida era la exigencia lógica de aquella elección divina. Por tres veces se nos repite la pregunta típica de la conversión, puesta en labios de los oyentes de Juan: «¿Qué tenemos que hacer?» (Lc 3, 10.12.14). Una pregunta que, más tarde, dirigirán a Jesús un maestro cívico la Ley (Le 10, 25) y un hombre importante (Le 18, 18), que parece identificarse con el joven rico. Una pregunta que se repetirá tres veces en los Hechos de los Apóstoles, obteniendo una respuesta en la que siempre se incluye el bautismo (Hch 2, 37; 16, 30; 22, 10). [...]

En el discurso de Juan se anticipan las exigencias de Jesús Y la respuesta de algunos seguidores paradigmáticos, como Zaqueo, que entregarán la mitad de sus bienes a los pobres (Le 19, 8). El discurso de Juan no trataba de cambiar el sistema. Al menos a corto plazo. Pero trataba de cambiar las conciencias. Seguramente este cambio habría de desembocar en el otro.

Juán y Jesús

Así pues, Juan no era el Mesías. Era su precursor y su siervo. Los rabinos decían que un discípulo ha de hacer por su maestro todo lo que un esclavo hace por su dueño, excepto quitarle el calzado. Sería rebajarse demasiado, Pero Juan ni siquiera se considera digno de desatar las sandalias del que viene detrás de él (Jn 1, 19-27). Él anuncia al que ha de venir. Al que no bautiza con agua, sino con viento: es decir, con el Espíritu. El que ha de venir trae en su mano el horcón para aventar en la era las mieses ya trilladas. Él ha de separar la paja del grano. Él realizará el juicio sobre lo aceptable y lo desechable. Él será el Señor y el Juez. [...]

Un día llegó Jesús hasta la ribera del Jordán, parecía uno más entre la multitud. Es como si tratase de pasar inadvertido entre la multitud. Pero Juan, el predicador exaltado y peligroso que denunciaba la corrupción, lo vio llegar a las orillas del río. Lo reconoció entre las gentes del pueblo que olían a ajo, como decían los fariseos. Y lo señaló a gritos para que todos se enteraran de que ya nada podría seguir siendo igual: «Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo., (Jn 1, 29).

Aquella bajada al Jordán era todo un signo. Jesús se acercó al Jordán como se había acercado Josué, es decir, como el guía que conduce a su pueblo al país de la libertad. Jesús bajó al Jordán, como había bajado Elías, el defensor de la unicidad y el señorío de Dios en una época de crisis religiosa y de apostasía global. Jesús caminó hasta el Jordán, como había hecho Eliseo, al recibir el espíritu profético, para proclamar la verdad y practicar la misericordia. Jesús se sumergió en el Jordán, como se había sumergido Naamán, el leproso, para hacerse solidario de todos los dolores de la humanidad.

Juan lo reconoció como el «cordero de Dios» (Jn 1, 29). Era aquella una expresión que resultaba rica de contenido y de evocación. Jesús recordaba la aventura de un pueblo nómada y pastoril que había guiado sus corderos por las cañadas del desierto. Jesús evocaba el cordero de la Pascua, signo de la piedad de su pueblo y del sacrificio que sellaba la alianza con su Dios. Él era la imagen más nítida de la liberación y de la fiesta. Jesús era sin duda el cordero llevado al matadero, como repetía el cuarto «Cántico del Siervo de Yahvé. Él era el que se ofrecía por la salvación de los suyos y aun de todo el mundo.

Pero Juan dijo todavía algo más. Aquel hombre, cordero y servidor, venía a quitar el pecado del mundo. Ése era el sueño y el ideal de todos los grandes profetas de antaño. El reino de Dios habría de ser un reino de santidad.

Un momento antes del bautismo de Jesús, el Evangelio de San Mateo transcribe un breve diálogo entre los dos. Juan parece resistirse: él es quien debía de ser bautizado por Jesús. Pero éste le dice, con una frase un tanto misteriosa, que ambos han de cumplir «toda justicia» (cf. Mt 3, 13-15). Tanto Juan como Jesús hacen suya la voluntad de Dios. Por ellos pasa la historia de la salvación.

El mártir

Juan era tan sólo una voz. Pero una voz que inquietaba y despertaba a los espíritus dormidos. Una voz profética que anunciaba y denunciaba.

Un profeta como Juan no podía morir en una tranquila ancianidad. Pronto habría de ser encarcelado por orden de Herodes. Pero ese episodio martirial lo celebramos en otro día de fiesta, que la Iglesia ha señalado para el 29 de agosto.

José Román Flecha Andrés

Jue

25

Jun

2009

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“No todo el que me dice Señor entrará en el Reino”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 16, 1-12. 15-16

En aquellos días, Saray maltrató a Hagar, y ella se escapó.

El ángel del Señor la encontró junto a la fuente del desierto, la fuente del camino de Sur, y le dijo: «Hagar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y adónde vas?»

Ella respondió: «Vengo huyendo de mi señora.»

El ángel del Señor le dijo: «Vuelve a tu señora y sométete a ella.»

Y el ángel del Señor añadió: «Haré tan numerosa tu descendencia que no se podrá contar.»

Y el ángel del Señor concluyó: «Mira, estás encinta y darás a luz un hijo y lo llamarás Ismael, porque el Señor te ha escuchado en la aflicción. Será un potro salvaje: él contra todos y todos contra él; vivirá separado de sus hermanos.»

Hagar dio un hijo a Abrán, y Abrán llamó Ismael al hijo que le había dado Hagar. Abrán tenía ochenta y seis años cuando Hagar dio a luz a Ismael.

Salmo

Sal 105,1-2.3-4a.4b-5 R/. Dad gracias al Señor porque es bueno

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
¿Quién podrá contar las hazañas de Dios,
pregonar toda su alabanza? R/.

Dichosos los que respetan el derecho
y practican siempre la justicia.
Acuérdate de mí por amor a tu pueblo. R/.

Visítame con tu salvación:
para que vea la dicha de tus escogidos,
y me alegre con la alegría de tu pueblo,
y me gloríe con tu heredad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7,21-29

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Aquel día muchos dirán: “Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?” Yo entonces les declararé: “Nunca os he conocido. Alejaos de mí, malvados.” El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente.»

Al terminar Jesús este discurso, la gente estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, y no como los escribas.

Reflexión del Evangelio de hoy

¿De dónde vienes y a dónde vas?

Dios había prometido a Abrahán que sería padre de un gran pueblo. Lo había hecho en varias ocasiones y de diferentes maneras. Abrahán sabe que su esposa Sara es estéril pero, a pesar de todo, cree que la promesa de Dios se cumplirá. Cree en la fidelidad de Dios a la palabra dada.

En el texto de hoy es la propia Sara la que reconoce su esterilidad y busca la solución por caminos que la tradición y la ley permiten: tener hijos por medio de su esclava Agar. Esta solución, lejos de resolver su problema, se lo complica y la llena de humillación y de amargura. La bendición que Dios había prometido a Abrahán no era esa. Agar, poseedora del don de la fertilidad se apropia del don que gratuitamente había recibido y desprecia a Sara porque ésta no tiene ese don. Dios curará la esterilidad de Sara.

“¿De dónde vienes y a dónde vas?” pregunta el ángel a Agar que va huyendo de Sara. Estas preguntas nos las podríamos hacer nosotros también. Vivimos en un mundo ajetreado en el que hay que correr y hacer muchas cosas pero, ¿nos paramos a pensar y sabemos realmente hacia dónde vamos? ¿Sabemos de nuestro origen y de nuestra meta?

A nuestro alrededor, en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia hay signos de esterilidad que muchas veces nos preocupan pero, a pesar de las apariencias, la promesa sigue en pie: “Serás padre de muchos pueblos”. Sara será fecunda.

¿Dónde apoyamos nuestras vidas?

Nuestro modo de obrar es el reflejo de nuestras actitudes y nuestras palabras son vacías si no corresponden a nuestra forma de actuar y

de vivir.

La gente que había oído a Jesús estaba admirada de su enseñanza porque lo hacía con autoridad. Jesús provoca asombro y admiración. No habla como los letrados que lo que hacen es interpretar la ley apoyados en las tradiciones.

Hoy, más que nunca, lo que prima no son las palabras, no es el “¡Señor, Señor!,” del que nos habla el evangelista Mateo, lo que tiene valor y credibilidad sino las obras, es decir, cumplir lo que Dios quiere de nosotros. Si creemos en el Evangelio de Jesús y nuestras vidas son coherentes con él, edificaremos sobre “roca”. Hay que poner la fe en práctica y la práctica ha de ser expresión de la fe.

La profesión de fe que no se traduce en obras es tan falsa como las obras que no proceden de la fe.

Es necesario diferenciar el terreno firme del terreno arenoso. Las costumbres vacías, la palabrería y las oraciones sin obras, son terreno arenoso. La “roca” firme sobre la que hemos de apoyar nuestra construcción es Jesús y su Evangelio. Hablar de manera autoritaria no es el mejor modo de anunciar la Buena Noticia. Necesitamos “un enseñar nuevo” que nazca desde la verdad de nuestras vidas e invite y anime a seguir al Maestro.

Es una inconsecuencia invocar a Dios y, a continuación, vivir sin contar con Él. No es creíble quien ora a Dios y se desentiende de los hermanos que están viviendo en necesidad.

“No todo el que dice “¡Señor! “entrará en el Reino, sino el que cumple la voluntad de mi Padre”.



Hna. Belén Eslava Vizcay
Dominica de la Enseñanza. Diplomada en Teología

Vie
26 Evangelio del día
Jun
2009 Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Señor, si quieres, puedes limpiarme.”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 17,1.9-10.15-22

Cuando Abrán tenía noventa y nueve años, se le apareció el Señor y le dijo: «Yo soy el Dios Saday. Camina en mi presencia con lealtad.» Dios añadió a Abrahán: «Tú guarda mi pacto, que hago contigo y tus descendientes por generaciones. Éste es el pacto que hago con vosotros y con tus descendientes y que habéis de guardar: circuncidad a todos vuestros varones.»

Dios dijo a Abrahán: «Saray, tu mujer, ya no se llamará Saray, sino Sara. La bendeciré, y te dará un hijo, y lo bendeciré; de ella nacerán pueblos y reyes de naciones.»

Abrahán cayó rostro en tierra y se dijo sonriendo: «¿Un centenario va a tener un hijo, y Sara va a dar a luz a los noventa?»

Y Abrahán dijo a Dios: «Me contento con que te guardes vivo a Ismael.» Dios replicó: «No; es Sara quien te va a dar un hijo, a quien llamarás Isaac; con él estableceré mi pacto y con sus descendientes, un pacto perpetuo. En cuanto a Ismael, escucho tu petición: lo bendeciré, lo haré fecundo, lo haré multiplicarse sin medida, engendrará doce príncipes y hará de él un pueblo numeroso. Pero mi pacto lo establezco con Isaac, el hijo que te dará Sara el año que viene por estas fechas.» Cuando Dios terminó de hablar con Abrahán, se retiró.

Salmo

Sal 127,1-2.3.4-5 R/. Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien. R/.

Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa. R/.

Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén

todos los días de tu vida. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8,1-4

En aquel tiempo, al bajar Jesús del monte, lo siguió mucha gente.

En esto, se le acercó un leproso, se arrodilló y le dijo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme.» Extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Quiero, queda limpio.» Y en seguida quedó limpio de la lepra.

Jesús le dijo: «No se lo digas a nadie, pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote y entrega la ofrenda que mandó Moisés.»

Reflexión del Evangelio de hoy

El preludeo de la alianza con su pueblo. Dios sigue su acercamiento al hombre.

En la historia del progresivo acercamiento amoroso de Dios a la humanidad, la primera lectura nos recuerda el prólogo de la alianza de Yahvé con el pueblo judío. En este preludeo, Yahvé escoge al patriarca Abrahán, al que había bendecido y llamado para que saliera de su patria, mostrarle una nueva tierra y hacer de él una gran nación, para hacer con él y sus descendientes un pacto, que va a renovar en la persona de su hijo Isaac, nacido de manera milagrosa. Este pacto lo ritualiza, hoy diríamos lo sacramentaliza, con una realidad, la circuncisión de todos los varones, como señal y prueba de pertenecer a ese pacto de amistad con Yahvé.

“Si quieres...”.

En la petición del leproso destaca, de un modo muy claro, su total confianza en Jesús y en la fuerza de su poder y de su amor: “Si quieres...”. No duda de que Jesús pueda hacer lo que le pide. Sabe que puede hacerlo, que tiene poder para ello, por lo que busca mover su voluntad y su compasión: “Si quieres...”. Ante esta actitud de fe, de confianza, Jesús no se resiste: “¡Quiero, queda limpio!”. Es la conducta constante de Jesús a lo largo del evangelio. Si hay confianza, fe en él, Jesús sana. “Tu fe te ha curado”. Donde falta esa confianza, Jesús se retira: “Y no pudo hacer allí muchos milagros por su falta de fe”. Ya sabemos cómo debemos acercarnos a Jesús.



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Sáb

27
Jun

2009

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar



Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 18,1-15

En aquellos días, el Señor se apareció a Abrahán junto a la encina de Mambré, mientras él estaba sentado a la puerta de la tienda, porque hacía calor. Alzó la vista y vio a tres hombres en pie frente a él.

Al verlos, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda y se prosternó en tierra, diciendo: «Señor, si he alcanzado tu favor, no pases de largo junto a tu siervo. Haré que traigan agua para que os lavéis los pies y descanséis junto al árbol. Mientras, traeré un pedazo de pan para que cobréis fuerzas antes de seguir, ya que habéis pasado junto a vuestro siervo.»

Contestaron: «Bien, haz lo que dices.»

Abrahán entró corriendo en la tienda donde estaba Sara y le dijo: «Aprisa, tres cuartillos de flor de harina, amásalos y haz una hogaza.»

Él corrió a la vacada, escogió un ternero hermoso y se lo dio a un criado para que lo guisase en seguida. Tomó también cuajada, leche, el ternero guisado y se lo sirvió. Mientras él estaba en pie bajo el árbol, ellos comieron.

Después le dijeron: «¿Dónde está Sara, tu mujer?»

Contestó: «Aquí, en la tienda.»

Añadió uno: «Cuando vuelva a ti, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo.»

Sara lo oyó, detrás de la entrada de la tienda. Abrahán y Sara eran ancianos, de edad muy avanzada, y Sara ya no tenía sus periodos.

Sara se rió por lo bajo, pensando: «Cuando ya estoy seca, ¿voy a tener placer, con un marido tan viejo?»

Pero el Señor dijo a Abrahán: «¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: “Cómo que voy a tener un hijo, a mis años.” ¿Hay algo difícil para Dios? Cuando vuelva a visitarte por esta época, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo.»

Pero Sara, que estaba asustada, lo negó: «No me he reído.»

Él replicó: «No lo niegues, te has reído.»

Salmo

Sal 1,46-47.48-49.50.53.54-55 R/. El Señor se acuerda de la misericordia

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador. R/.

Porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo. R/.

Y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
A los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos. R/.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8,5-17

En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó rogándole: «Señor, tengo en casa un criado que está en cama parálítico y sufre mucho.»

Jesús le contestó: «Voy yo a curarlo.»

Pero el centurión le replicó: «Señor, no soy quién para que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes; y le dijo a uno: “Ve” y va; al otro: “Ven”, y viene; a mi criado: “Haz esto”, y lo hace.»

Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: «Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; en cambio, a los ciudadanos del reino los echarán fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.»

Y al centurión le dijo: «Vuelve a casa, que se cumpla lo que has creído.»

Y en aquel momento se puso bueno el criado. Al llegar Jesús a casa de Pedro, encontró a la suegra en cama con fiebre; la cogió de la mano, y se le pasó la fiebre; se levantó y se puso a servirles. Al anochecer, le llevaron muchos endemoniados; él, con su palabra, expulsó los espíritus y curó a todos los enfermos. Así se cumplió lo que dijo el profeta Isaías: «Él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades.»

Reflexión del Evangelio de hoy

La primera impresión al enfrentarnos a la Palabra de hoy es la de sorpresa. La misma que hizo reír a Sara, que es la primera mujer que se ríe en la Biblia, porque al principio no ha sabido conocer a Dios en su visita. A la divinidad no se le reconoce a primera vista, podíamos decir, casi disculpando a Sara. Es la fe la que posibilita que, más tarde, Sara reconozca a quienes sirvió bajo la encina; y la que salva al criado del centurión, y a la suegra de Pedro y a tantos que se encontraron y se encuentran con Jesús hoy. Tantas veces nos topamos con personas que con el tiempo se convierten para nosotros en imágenes mismas de Dios, Padre y Madre. Al principio no somos capaces de reconocerle en ellas, pero andando en la vida se nos muestran como verdaderas teofanías.

Los textos para este sábado nos han hablado de hospitalidad. Esa que debemos tener para todos los hombres y mujeres que se hacen presencia en nuestras vidas. De todas podemos aprender algo, aunque al principio los acojamos por pura responsabilidad (como Abraham en la encina de Mambré), incluso por obligación; finalmente se nos revelan como verdaderos rostros de Dios. En cada momento lo debemos hacer con las capacidades que tengamos a nuestra disposición: con la risa y la fiesta, con la escucha sincera, sabiéndonos poner en su lugar, a veces, con nuestras propias miserias y siempre, procurando ir más allá de la primera impresión, avanzando hacia lo profundo de cada una de ellas. En este sentido, es bueno que sepamos descubrir en otras culturas lo que pueden enseñarnos, y la hospitalidad es una actitud casi sagrada para muchos de los que ahora vienen a vivir entre nosotros y a los que no estamos acogiendo, sino muchas veces incluso rechazando y aislando.

Debemos recuperar de nuestros orígenes también la capacidad de acoger al otro y a la otra tal como son, tal como se nos presentan. ¿Quién sabe si como a Sara nos traen aquello que no esperábamos y que nos parecía imposible concebir en nuestras vidas? Como el centurión, ¿seremos capaces de mostrarnos seres hospitalarios, acogedores, preocupados por los débiles y de interceder por ellos? Como la suegra de Pedro, ¿una vez sanados, nos convertiremos en discípulos de Jesús? -que eso es lo que significa que “les servía”-.

Y de este último texto una nueva enseñanza para hoy: Jesús, en su paso entre los hombres y mujeres de este mundo no dejó de ser un restaurador de vidas: buscó siempre subvertir la realidad, darle la vuelta -como un calcetín-, convertirla al Reino de Dios, que no es otra cosa que un espacio donde hay vida y vida en abundancia. Esa es nuestra misión como cristianos y dominicos. Como Domingo de Santo Tomás y Tomás de San Martín, a los que recordamos hoy, en el aniversario de su encuentro con el Padre. Fueron dos frailes dominicos, los primeros obispos de Bolivia, y unos de los primeros en dedicar su vida, como Cristo, a defender a los últimos, a los indígenas. Y por ellos entregaron la vida.

Entonces, podremos cantar con María, en el texto entre las lecturas: Porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí.

El día **28 de Junio de 2009** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).